

—Amelia —dijo la señorita Prunella Pendleham—, esta mañana he recibido una carta de lo más impertinente.

—¿En serio, señorita Pendleham?

—Es de alguna sociedad y tiene la insolencia de sugerir que esta casa está embrujada por fantasmas. Como sabes, eso es completamente falso.

—En efecto, señorita Pendleham —dijo Amelia con indiferencia.

—¿Detecto una nota vacilante en tu tono?

—En absoluto, señorita Pendleham.

—Muy bien. Esta Sociedad desea enviar un investigador para que examine e informe sobre la casa. He respondido que si alguna de esas personas entra en el recinto, será procesada por allanamiento de morada. Aquí está mi carta. Envíala de inmediato.

—Muy bien, señorita Pendleham.

—¡Siempre pareces tan contenta de salir de casa, Amelia! Me pregunto por qué. Ahora, date prisa.

Un poco más tarde, la señorita Amelia Lornon bajaba corriendo por el camino de Carthwaite Place. Tan pronto como supo que estaba fuera del alcance visual desde las ventanas superiores, aflojó el paso. Esto lo hizo por dos razones: se sentía terriblemente frágil y enferma esta mañana, y estar fuera de esa casa, aunque fuera por media hora, significaba un bendito alivio.

Para llegar a la oficina de correos de la pequeña aldea tenía que pasar por la Rectoría. La señora Redvale, la esposa del rector, observaba por la ventana del salón.

—Ahí está Amelia —le dijo a su marido—. Nunca la había visto tan enferma. ¡Pobre criatura! En mi opinión, es hora de que hagas algo con ella, Claud.

Era una mujer guapa y de aspecto decidido, y obviamente llevaba los pantalones en la casa. Su voz era marcadamente autoritaria.

—¿Qué puedo hacer, querida? —respondió el rector con la irritabilidad quejumbrosa

del debilucho movido por la conciencia.

—Puedes y debes hacer algo. He querido hablar de esto contigo desde hace algún tiempo; desde que me di cuenta de lo que estaba pasando. Verla me convence de que debe ser ahora, de inmediato. Si no tenemos un gesto para salvarla, nunca volveré a tener un minuto de paz; y creo que tú tampoco. ¡Ven, rápido! Ella está regresando.

El rector se acercó de mala gana a la ventana. Lo que vio hizo que una expresión de genuina angustia apareciera en su rostro bondadoso y tímido.

—Sí —suspiró—, entiendo muy bien lo que quieres decir.

—Siéntate —ordenó su cónyuge—. Sé que estamos en una posición difícil. La señorita Pendleham pone dos libras en el plato todos los domingos, lo cual es de gran ayuda para nosotros. «Ahí van los salarios de mis sirvientes», parece decir mientras lo hace. Pero ella es una anciana muy malvada; tanto que ninguno de los dos podría imaginar el alcance de su malevolencia.

—Sin embargo, ella viene a la iglesia —protestó el rector.

—Sí, ella viene a la iglesia —respondió sardónicamente su esposa—, y, como muchas otras personas, por un motivo bastante. Ella quiere mantenernos callados y nos soborna. No discutas. ¡Sé que tengo razón! Llevamos aquí sólo seis meses, pero hemos aprendido mucho en ese tiempo. Hemos aprendido que la familia Pendleham siempre ha mostrado una vena heredada y cruel; borrachos, mujeriegos despiadados y, peor aún, criminales, y sólo ocasionalmente una brillante excepción. Esta anciana es la última de la línea y, en mi opinión, será algo muy bueno cuando esa horrible progenie se extinga.

—Por supuesto —dijo el rector—, tenemos que confiar en la opinión de Miles para todo esto. Y sabemos que él está totalmente predispuesto contra ella; ni siquiera quiere hablar con ella.

—Ha sido Guardián de esta Iglesia durante cuarenta años, así que él debería saberlo —respondió la señora Redvale—. Además, él pierde económicamente con su actitud: ella nunca compra nada en su tienda. Me parece un anciano perfectamente honesto y sincero. ¿No lo crees?

—Debo decir que sí.

—Bueno, entonces, ¿cuál es su historia? Que se enamoró cuando era muy joven, porque otra mujer, según ella cree, le robó a su hombre. Así que decidió vengarse de su sexo a su manera sigilosa y diabólica. Él cree que su mente está permanentemente contaminada; que en realidad, si no técnicamente, está loca.

—¡Todo suena tan melodramático! —murmuró el rector.

—Melodramático no significa imposible —respondió bruscamente su esposa—. Hay mucho melodrama en el mundo. Ahora, Miles dice que ha tenido cinco compañeros desde que se quedó aislada en esa casa hace treinta y cinco años. Tres murieron allí y dos escaparon, declarando que la señorita Pendleham era un demonio y la casa un infierno. Y ahora está la sexta, Amelia; y ella también se está muriendo.

—¿Muriendo de qué? —preguntó el rector.

—¡De terror!

—Ella podría irse como esos otros dos.

—¡Eso es tan fácil de decir! Se podría decir lo mismo de un conejo en la trampa de un armiño. Cuando estás lo suficientemente asustado no puedes correr ni luchar. Y ella está en una posición irremediabilmente débil; envejecida, sin dinero, naturalmente sin voluntad y dócil. Ella nunca reuniría el coraje para escapar.

—¡Pero en cierto modo parece que le gusta la compañía de la señorita Pendleham!

—Simplemente porque teme estar sola en esa asquerosa casa. Sabes que está embrujada, Claud.

—Mi querida Clara, me pones en una situación muy difícil porque, como sabes, estoy de acuerdo con la señorita Pendleham en que no existen entidades llamadas «fantasmas».

—¡No seas farsante, Claud! Dijiste eso sólo por cortesía y por deseo de agradar. Sabías que era mentira cuando lo dijiste.

—¡Cariño mío!

—¿Recuerdas cuando vimos algo que nos miraba por la ventana del primer piso?

—Pareció haber algo por un momento.

—¿Era un niño pequeño con la cara cubierta de sangre?

—Tuve una visión tan fugaz, querida.

—¿Era la señorita Pendleham o Amelia?

—No, supongo que no.

—Son las únicas personas que viven en la casa. Y te dije lo que vi cuando fui a empolvarme la nariz. ¡Puedo verlo ahora! ¿Me crees?

—Nunca te he visto decir una mentira inútil. Sin embargo, a veces un arbusto se parece mucho a un oso.

—¡Pero una niña muerta no se parece a un arbusto! ¿Y escuchaste ese grito?

—Me pareció oír algo, un grito curioso. Podría haber sido un pájaro.

—¡Un pájaro! ¡Cómo te gustaría vivir en esa casa con ese tipo de cosas! Incluso preferirías, como Amelia, la compañía de la señorita Pendleham a la de ellos. A menudo me hace sentir mal físicamente pensar en ella allí. ¡Si no hacemos algo para salvar a esa pobre mujer, me acosarán los remordimientos hasta que muera!

—Hazme justicia, Clara, al creer que eso también me sucede a mí.

—¡Me pregunto si es así! Soy sensible a lugares como ese, siempre lo he sido. Las mismas motas en los rayos del sol parecen formar patrones bestiales. No me sorprende que Amelia esté muriendo poco a poco; lleva años muriendo en esa casa. Me dijo que cuando Ellos están cerca, la tetera no hierve. En otras palabras, ¡su cerebro funciona mientras su cuerpo abandona la lucha!

—Bueno, ¿qué puedo hacer? —exclamó el rector—. ¡Dime, Clara! Eres más sabia que yo en los asuntos de este mundo, yo sé más sobre el próximo.

—¡Si existe tal lugar! —gritó Clara.

El rector suspiró.

—Me apena profundamente que seas tan escéptica, Clara.

—¡Disparates! Todo párroco debería tener una esposa agnóstica; mantiene viva su mente. Bueno, ambos lo pensaremos hoy y lo discutiremos nuevamente mañana por la mañana. Me refiero a mañana. Mi decisión está tomada. En cuanto a esas dos libras por semana, ¿podrías seguir aceptándolas si Amelia muriera? ¡Mañana a las diez!

—Estuviste fuera mucho tiempo, Amelia —dijo la señorita Pendleham.

—Fui lo más rápido que pude, señorita Pendleham, pero mi corazón palpitaba mucho.

—¡Tonterías! Estás perfectamente bien. ¡No te imagines cosas, Amelia!

La señorita Pendleham era una de esas solteronas aparentemente eternas, por lo que seguramente el proceso de decadencia sigue su camino con ellas. Era muy alta y de forma cilíndrica, un cuerpo casi epiceno y asexual. Invariablemente iba vestida con una prenda gris iridiscente de corte antiguo. Respecto de su rostro, y en particular de su nariz, el rector había hecho uno de sus extraños comentarios, adaptando una broma de Max Beerbohm: «Insinuaciones del Duque de Hierro en la mayoría de los ángulos»; y, de hecho, ese rasgo desgarrado y escarpado dominaba el resto. Tenía la boca pequeña, de labios finos, y seca. Sus ojos eran bastante redondos (ojos de mono) y de un extraño color amarillo azufre, un estigma familiar. Su cabello era una densa masa gris. El rostro era una máscara, como modelada en cera a partir de un cadáver, completamente incolora. Su edad podría haber oscilado entre cincuenta y cinco y setenta años.

Amelia tenía unos cuarenta y ocho años. En otro tiempo podría haber sido una chica guapa, porque sus rasgos estaban bastante bien, pero se necesitaba un ojo comprensivo y perceptivo para reconstruir el pasado. Hay parásitos que devoran y drenan lentamente a sus huéspedes desde dentro, hasta que no queda nada más que una envoltura delgada y transparente. Una ráfaga de viento y se desintegra. Amelia podría haber estado mucho tiempo entreteniendo a un invitado tan codicioso. Libras de peso, demacrada y encorvada, apática y sin vida en el cabello y los ojos, como una prisionera liberada de un calabozo donde había permanecido descuidada y olvidada. La Muerte tenía su mano sobre su hombro y rápidamente lo apretaba con más fuerza, pero para darle lo que le correspondía, fueron necesarios nueve duros años para llevarla a este punto.

—Iré a preparar el almuerzo —dijo.

—¿Cuál es el menú?

—Chuletas.

—Comeré tres. ¿Tienes hambre?

—No, señorita Pendleham.

—Prepara cuatro. Que las mías estén jugosas.

Carthwaite Place se elevaba en la vertiente norte sobre el lago Windermere. Era inequívocamente isabelina: una enorme y sombría pila de ladrillos con multitud de ventanas con parteluces y travesaños y un techo plano. Tenía treinta y cinco dormitorios y un baño. Se necesitaron muchos miles de dólares para hacerla habitable, pero ese dinero nunca se encontró; y muy lentamente se fue rompiendo. Los terrenos que lo rodeaban habían vuelto a tener una naturaleza salvaje y desordenada. La

señorita Pendleham nunca salió de allí, salvo para asistir a la iglesia los domingos por la mañana. Su único vestigio de modernidad era un teléfono, utilizado para ordenar sus necesidades frugales en la ciudad comercial a seis millas de distancia.

Amelia se arrastró hasta la gran cocina abovedada de piedra y avivó el fuego. Había empezado a temblar de nuevo y nunca miró hacia atrás. Una vez hizo una pausa como si estuviera escuchando, su rostro revelaba la mayor ansiedad. Varias veces su boca se movió como si estuviera murmurando algo, pero no salió ningún sonido.

Al poco tiempo terminó de cocinar y llevó los resultados al comedor, donde ya estaba sentada la señorita Pendleham. Se comió en un silencio sepulcral y muy rápidamente, porque la señorita Pendleham siempre atacaba su comida como una pantera hambrienta.

En la pared que daba a Amelia había un tapiz hecho jirones del siglo XVII. Representaba una compañía de caballeros y damas cabalgando en parejas por un siniestro camino serpenteante. A la izquierda del camino había tres cadáveres putrefactos en ataúdes abiertos. El aire sobre ellos estaba atestado de viles cosas voladoras. Los ojos de Amelia siempre recorrían la habitación tratando de no verlo. La señorita Pendleham la observó disimuladamente. Al final de la comida dijo lo que siempre decía:

—Lávate rápido y ven a leerme.

—Muy bien, señorita Pendleham.

Cuando regresó al salón, la señorita Pendleham le entregó un libro. Era una traducción de la vida de Gilles de Rais del Abbé Boissard, ilustrada de forma realista. Amelia ya lo había leído en voz alta innumerables veces. Odiaba repasar los detalles de aquel ritual en el matadero con su voz precisa y virginal.

En ese momento la señorita Pendleham la detuvo.

—Se sabe que uno de mis antepasados hizo algo muy similar aquí —dijo en su tono alto y metálico—. Mató mediante tortura a varios niños, principalmente niñas, y empleó sus cuerpos para algunas ceremonias curiosas. Posiblemente sea por eso que la casa ha adquirido la fama bastante falsa de ser un lugar embrujado. ¿Quizás te lo he dicho antes?

—Sí, señorita Pendleham —respondió Amelia mecánicamente.

—Me voy a quedar dormida ahora. Despiértame a las cinco con el té. Siéntate aquí hasta que llegue el momento de prepararlo.

Esta era una prueba que Amelia detestaba, pero que había aceptado durante mucho tiempo como parte de su calvario diario. ¿Estaba dormida la señorita Pendleham o la observaba disimuladamente? ¿Tenía los ojos completamente cerrados?

Era una tarde húmeda, la pequeña y densa lluvia de montaña entraba por las ventanas. Sólo se oía el constante ronroneo de la lluvia y el lento ritmo del reloj del abuelo rompiendo el silencio. La señorita Pendleham nunca se movió ni su respiración cambió. Poco a poco la luz se apagó y Amelia empezó a sentir rigidez e inmovilidad. De pronto, de algún lugar de la casa, surgió un grito agudo de dolor. Amelia se llevó la mano al cuello. La señorita Pendleham abrió mucho los ojos y lentamente se inclinó hacia adelante, mirándola.

—¿Qué te pasa, Amelia? —dijo lentamente.

—Nada, señorita Pendleham —tragó Amelia —, iré a buscar el té.

La señorita Pendleham miró su espalda doblada. Por un momento se levantó la máscara y ella sonrió. Pero la sonrisa sólo contorsionó la parte inferior de su rostro, sus ojos amarillos no participaron en ella. Se oyó de nuevo aquel gemido remoto y agonizante. La media sonrisa se desvaneció, los ojos amarillos parpadearon, la máscara volvió a caer.

Después del té jugó a los naipes, y Amelia se quedó sola hasta que llegó la hora de preparar la cena. Cualquiera que hubiera visto a la señorita Pendleham con sus barajas, lo cual es una dura prueba de virtud, habría decidido que, si alguna vez hacía negocios con ella, habría tenido a su lado a un hábil abogado, ya que ella siempre hacía trampa, pero nunca más de lo necesario.

Cualquiera que hubiera visto a Amelia preparar la cena a la luz de dos velas habría comprendido algo de la frase «tortura mental». Esas velas arrojaban extrañas sombras sobre las paredes desnudas y el techo arqueado. Ese observador podría haberse sorprendido imitando a Amelia, mirando temerosa y furtivamente a aquellas sombras abarrotadas y multiformes, y haber aprendido su truco de estremecerse cuando lo hacía. ¿Era un cuerpo pequeño, tendido boca abajo, y una figura alta con las manos en el cuello del pequeño? ¿Y esa figura se movió? Sólo el parpadeo de la vela, por supuesto. Y, sin embargo, ese observador bien podría haber deseado alejarse, pero, ¿habría tenido el valor de dejar a Amelia sola allí abajo?

La cena volvió a ser silenciosa. La señorita Pendleham limpió sus platos. Amelia dejó la mitad de sus escasas porciones.

Después de cenar, la señorita Pendleham dijo:

—Trae mi abrigo a mi dormitorio, Amelia. Se me olvidó bajarlo.

Lo decía casi todas las noches, tal vez porque sabía cuánto temía Amelia subir esas escaleras oscuras desde que tuvo ese susto hace cuatro años.

Amelia fue a buscarlo, se lavó y regresó al salón.

—Ahora —dijo la señorita Pendleham—, puedes leerme durante una hora. Consigue esas historias de James.

—Bueno, Claud —dijo Clara a la mañana siguiente—, ¿has estado pensando en ello?

—Sí, querida, pero me temo que no puedo ver claramente el camino. Decimos que ella tortura a estas mujeres. ¿Pero cómo las tortura? Les da comida y alojamiento, les paga, una miseria, supongo, pero les paga. Ella es superficialmente amable. No puede obligarlas legalmente a quedarse. ¿Quién llamaría a eso tortura, salvo nosotros?

—¡El señor Miles!

—Por supuesto, el señor Miles. Pero, supongamos que cualquiera de nosotros la aborde. Si no nos echa de inmediato, probablemente llamaría a Amelia y le preguntaría si tenía algo de qué quejarse. «No, señorita Pendleham», seguramente respondería. Quedaríamos como un par de tontos.

La señora Redvale, como la mayoría de las mujeres dominadas por la lógica, alzó la voz.

—Tienes que ser firme, Claud, y no dejarte engañar por ese tipo de cosas. Debes tomar la ofensiva. Ella no puede despedirte ni comerte. Dile que estás seguro de que Amelia se está muriendo y que debe recibir atención inmediata. Recuérdale que tres de sus compañeras ya han muerto en la casa y que, si hay una cuarta, seguramente le harán algunas preguntas muy incómodas. ¡Ahí está Amelia otra vez! La haré entrar.

Salió rápidamente a la calle.

—¿Cómo está, señorita Lornon? —preguntó amablemente.

—Muy bien, gracias, señora Redvale.

—¡No lo pareces! Ven en un momento.

—¡Oh, no puedo! La señorita Pendleham me dijo que volviera rápidamente con los sellos.

—No importa; es sólo por un minuto.



Amelia vaciló y luego, de mala gana, la siguió.

El rector la escudriñó de cerca mientras la saludaba.

La señora Redvale adoptó ahora su actitud más enérgica.

—Señorita Lornon, se encuentra en muy mal estado, ¿no? No tenga miedo de decírmelo; no se lo diremos a nadie.

Amelia empezó a llorar de la manera más pasiva y desesperada.

—Supongo que sí —murmuró.

—Esa casa te está matando, ¿no?

—Oh, puedo soportarlo, señora Redvale.

—¡No, no puedes! Lloro todo lo que necesites, pero tienes que alejarte de ahí.

—¡No puedo! La señorita Pendleham nunca me dejaría ir.

—¡Tendrá que hacerlo! Mira, Amelia, te llamaré así, estamos decididos a ayudarte. Mientras tanto, recuerda que nada allí puede hacerte daño. Pueden asustar, pero no pueden hacer daño.

—¡Sí que pueden! —sollozó—. Me mantienen despierta casi toda la noche. En verano no es tan malo, porque se van al amanecer, pero en las noches largas es terrible. Tengo que irme.

—¡No tendrás que soportarlo mucho más! Aguanta hasta que podamos hacer algo.

—No hay nada que hacer, muchas gracias, señora Redvale. Oh, no debo decir nada más. ¡La señorita Pendleham se enfadaría mucho si supiera que estoy hablando así!

—¡Disparates! ¡Tu salud está antes que todo!

Pero Amelia había salido apresuradamente de la habitación.

—¡Ya ves! —exclamó Clara—. ¡Podría estrangular a esa diablesa con mis propias manos!

—Hay una cosa de la que nunca he estado seguro —dijo el rector—, ¿se da cuenta la señorita Pendleham de que algo anda mal en la casa? De lo contrario, la fuerza de la

acusación contra ella se debilita enormemente.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—La miré cuando escuchamos ese grito espantoso. Ella también lo escuchó, su comportamiento lo demostró. Pero eso no le preocupa, lo acoge como un instrumento de tortura. Hace pensar a Amelia: «Debo estar volviéndome loca». ¿No entiendes lo que quiero decir? Su mente está enferma como la de sus repugnantes antepasados. Esas cosas son ecos del mal y ella también es absolutamente malvada.

—¡Clara, eso es algo terrible de decir!

—Acabas de ver a esa desgraciada, ¿no? Mira, Claud, si no haces algo al respecto te perderé todo el respeto. Ésta es la prueba de tu cristianismo y valentía. Soy una infiel, pero lo haría yo misma si pensara que ella se fijaría en mí, pero no lo haría porque odia y desprecia a todas las mujeres. Pero tú eres su consejero espiritual.

—No hay necesidad de ser sarcástica, querida.

—¡Es necesario que haya algo que te impulse a actuar! ¿Lo harás, Claud?

—Oh, supongo que sí —suspiró el rector—, pero me gustaría poder consultar primero al obispo.

—No obtendrías nada más que vagos estallidos. ¿Está tu coraje en el punto crítico?

—Muy bien, lo haré.

—¡Entonces ve directamente al teléfono!

El rector salió de la habitación y regresó después de unos momentos.

—Ella me recibirá esta noche a las nueve y media —dijo.

—¿Le dijiste para qué querías verla?

—Le comenté algo, sí.

—Y seguramente te quedaste corto: ¡es una cuestión de vida o muerte, y ambos lo sabemos!

—¿Has estado llorando, Amelia?

—Oh, no, señorita Pendleham. Es solo el viento frío.

—No me parece frío. Dame el libro de estampillas y prepara el almuerzo.

Durante la comida, la señorita Pendleham dijo:

—¿Ves ese tapiz, Amelia?

—Sí, señorita Pendleham.

—¡No lo estás mirando!

Amelia miró hacia arriba, estremeciéndose. Se dio cuenta de que cuando cada caballero y su amante llegaban a los tres ataúdes abiertos, sus sonrisas y miradas lascivas cambiaban a miradas de odio y horror. Porque, pensó, son jóvenes y felices y no han aprendido a desear descansar.

—Se llama El triunfo de la muerte —dijo la señorita Pendleham.

—Sí, eso me ha dicho.

—Eso me recuerda algo. ¿Has terminado?

—Sí, señorita Pendleham.

La señorita Pendleham abrió la marcha hacia el salón.

—Hoy —dijo—, es el aniversario de la muerte de la señorita Davis. Ella era mi compañera antes de que llegaras. Era una chica tonta y fantasiosa en algunos aspectos. ¿Te he hablado de ella antes?

—Un poco, señorita Pendleham.

—Sí, ella era fantasiosa. Solía creer que oía y veía cosas extrañas en la casa y eso demuestra que su mente estaba contaminada, ¿no es así?

—Sí, señorita Pendleham.

—Quiero decir, si la casa estuviera embrujada, ambas deberíamos ver y oír cosas tan extrañas, ¿no?

—Sí, señorita Pendleham.

—¿Lo cual nunca hemos experimentado?

—No, señorita Pendleham.

—Por supuesto que no. Bueno, tal vez debería haber despedido a la señorita Davis antes. ¿Te he dicho cómo murió?

—No, señorita Pendleham.

—Había notado que estaba cada vez más delgada y que sus modales eran más extraños, y me dijo que su sueño era desordenado. Debería haberme advertido cuando un día vino corriendo a mi habitación diciendo que había visto a un niño masacrado en la cocina y que tuvo otras alucinaciones que revelaron que su mente estaba en un estado anormal. Una tarde la envié a buscar mi abrigo, como a veces te mando a ti, y como no reaparecía, fui a buscarla. La encontré muerta en el tocador de mi habitación. El médico dijo que había muerto de un infarto y me preguntó si había tenido algún tipo de susto. Dije que no, que yo supiera. Creo que debió suponer que había visto algo desagradable. ¡Mira detrás de ti, Amelia!

Amelia se levantó de su silla con un grito.

—¿Qué te pasa? —dijo severamente la señorita Pendleham—. Sólo quería llamar tu atención sobre el hecho de que el antimacasar se estaba resbalando de su silla. Espero que tus nervios no cedan. ¿No imaginaste que tuviste algún tipo de susto hace un mes?

—No fue nada, señorita Pendleham.

—Gritaste lo suficientemente fuerte. Ten presente a la señorita Davis. Volverse fantasioso es a menudo el primer síntoma de una enfermedad cerebral, según me dijo el médico; oír cosas, ver cosas cuando no hay nada que ver ni oír. Ahora puedes leerme.

Y esto hizo Amelia.

La señorita Pendleham le dijo que se detuviera y pareció quedarse dormida, mientras las ventanas traqueteaban desconcertantemente y, cuando la luz se desvaneció y el fuego apagó su última llama y se hundió hasta su resplandor mortal, algo blanco pareció lanzarse a través de la Galería de los Músicos. y algo lo siguió como persiguiéndolo, y se escuchó ese leve gemido de dolor.

Amelia se puso rígida de terror.

—¿Qué te pasa, Amelia? —dijo la señorita Pendleham, inclinándose hacia adelante en su silla.

—Nada, señorita Pendleham. Encenderé el fuego y luego tomaré té.

Esa noche, mientras preparaba la cena, pensaba en lo que la señorita Pendleham había dicho sobre la señorita Davis. Había muerto a causa de lo mismo que la estaba matando, por supuesto. Moriría pronto, muy pronto. Lo sabía, y entonces la señorita Pendleham buscaría a otra persona, y un día esa persona también moriría, por la misma razón... a menos que...

De repente hizo una pausa en su trabajo.

¿Qué era eso?

¡Alguien estaba llorando en la sala de servicio!

Eso era algo que nunca había oído. El corazón le martilleó en la garganta, se detuvo durante un tiempo horrible y luego volvió a acelerarse. Un dolor punzante la recorrió. ¿Quién era ese que lloraba?

Debía ser valiente. ¡Podría ser alguien real y no uno de Ellos! Tomó una vela y caminó de puntillas por el corredor, un lugar desnudo y desolado que apestaba a tierra y alimañas, al que Amelia temía y en el que rara vez entraba. No había nadie allí, pero el sonido de los sollozos era más fuerte.

—Oh, Dios —gimió una voz—, ¡no puedo soportarlo! ¡No puedo soportar esto!

Luego vino una risa, una risita astuta y siniestra y la voz quejumbrosa se convirtió en un grito.

—¡Oh Dios, no puedo soportarlo!

Cuando Amelia regresó a la cocina, su rostro se contrajo violenta e incontrolablemente. ¿Eso fue real o no? ¿Fue sólo un sonido en su cabeza, como la señorita Pendleham dijo que debía ser? ¿Solo una fantasía? Si era así, se estaba volviendo loca como la señorita Davis. ¿Qué pasaba con los locos en ese Otro Mundo? ¿Estaban locos allí también y para siempre?

No merecía la pena pensar en eso. Ella debía morir antes de que eso suceda. Y estaba muriendo; lo sabía por los terribles dolores en su corazón. ¿Qué pasaría cuando estuviera muerta? La señorita Davis había muerto; acababa de oírla llorar. No, eso fue sólo un sonido en su cabeza. Su rostro se contorsionó de nuevo en el temeroso esfuerzo por concentrarse, por tenerlo claridad en su mente.

Bueno, ella moriría, como la señorita Davis, y luego la señorita Pendleham conseguiría

que otra persona la cuidara y todo volvería a suceder con la chica nueva. No, no debía ser así. No estaría bien. La señorita Pendleham era muy amable, pero no entendía nada de la casa. No podía repetirse.

Allí estaba la señorita Davis, todavía llorando en su cabeza. Pero volvería a suceder a menos... a menos que ella fuera valiente.

Si la señorita Pendleham se diera cuenta de qué tipo de cosas les sucedieron a la señorita Davis y a ella, y qué vieron y oyeron, no dejaría que sucediera, por supuesto. ¿Odiaba a la señorita Pendleham? Por supuesto que no; ¿Por qué debería hacerlo? Pero no volvería a suceder.

¡Estaban el hombre y la niña!

Se llevó las manos a los oídos. Un velo rojo cayó ante ellos. Sacudió las manos y estiró y curvó los dedos. La expresión de su rostro se volvió dura y vacía al mismo tiempo, como la de una bestia acorralada. Conservó esa curiosa expresión inhumana, y la señorita Pendleham se dio cuenta cuando mencionó la comida. Eso la perturbó y sus propios ojos se volvieron duros como los de un comadreja. Al poco tiempo ella dijo:

—Come tu cena, Amelia. ¿Qué pasa contigo?

—Nada, señorita Pendleham. No tengo mucha hambre.

—¡Come tu comida! Por cierto, no ha estado hablando con el rector ni con su esposa, ¿verdad?

—Acabo de darle los buenos días a la señora Redvale.

—¿Estás segura de que eso fue todo?

—Sí, señorita Pendleham.

Y luego hubo silencio por un tiempo hasta que la señorita Pendleham se levantó y comentó:

—Puedes leerme un rato.

Y Amelia leyó un cuento sobre una ropa de cama que toma forma y asusta a un anciano en la otra cama.

—¿Qué te pareció eso, Amelia? —preguntó la señorita Pendleham.

—Muy linda historia, señorita Pendleham.

—¿Linda? Creo que no estás prestando atención. ¡Has vuelto a leer muy mal!

—Lo siento, señorita Pendleham. El viejo estaba loco, ¿verdad, señorita Pendleham? ¿Cómo la señorita Davis y yo?

La señorita Pendleham la miró fijamente.

—¡Trae mi abrigo! —dijo brutalmente.

Amelia se levantó lentamente y atravesó la puerta que conducía a las escaleras. Cuando empezó a subir se santiguó y estiró y curvó los dedos. Un tic de miedo le convulsionó el rostro.

La señorita Pendleham fue hasta la puerta principal, la abrió, la dejó entreabierta y regresó al salón. Luego, a medida que pasaban los minutos, ladeó la cabeza como si estuviera escuchando. Se oyó un agudo gemido de tortura y ella enderezó la cabeza bruscamente. El reloj hacía tictac, las ventanas palpitaban y golpeaban con el vendaval. Luego se levantó y se dirigió al pie de las escaleras.

—¡Amelia! —llamó, con la voz quebrada.

No hubo respuesta. Ella sonrió y se pasó la espesa lengua por los labios. Subió unos escalones y volvió a llamar. Luego fue a buscar una vela encendida al salón y subió al primer rellano.

—¡Amelia!

Una repentina y feroz ráfaga de viento sopló por el pasillo y apagó la vela, dejándola en la oscuridad total. Comenzó a avanzar a tientas por el pasillo, sus dedos deslizándose a lo largo de la pared. Llegaron a un hueco y ella giró hacia la izquierda, avanzando hasta que sus muslos encontraron una cama.

—¡Amelia! —gritó, y el eco la golpeó con fuerza.

Atravesó la habitación, tanteando, hasta que encontró otro hueco: el tocador. Estaba lleno de ropa vieja y desechada y apestaba a olor rancio, sudor y descomposición. Tocó un vestido colgado y luego otro. Entonces su mano derecha encontró algo y respiró hondo. Al segundo siguiente ella estaba retorciéndose y de sus labios salió un grito ahogado. Mientras era arrastrada despiadadamente entre las cosas malolientes, balanceándose salvajemente en sus ganchos, golpeaba a ciegas con los puños cerrados, una y otra vez. Por fin se inclinó hacia delante, se le doblaron las rodillas, los brazos cayeron temblorosos a los costados, se escuchó un largo y repugnante estertor en su garganta y se quedó quieta.

—Son las nueve y cuarto —dijo Clara—, es hora de que vayas. Será mejor que tomes una copa antes de irte. Te ayudará a ser firme, y tienes que ser muy firme.

Sirvió un whisky fuerte que el rector bebió de un trago. Luego tomó su sombrero y su abrigo y partió.

Había dejado de llover, pero todavía soplaba un vendaval y tuvo que luchar contra él. Tan pronto como entró en el camino a través de las maltrechas puertas que chirriaban sobre sus bisagras, sintió un hormigueo en los nervios. Como quien anda por un camino solitario con temor y pavor. Las viejas líneas saltaron a su memoria.

Miró temerosamente hacia las ramas colgantes. ¿Fue un paso cerca de él, como si algo echara a correr? Para su sorpresa encontró la puerta principal entreabierta, y entró. Vio luz en el salón, entró y lo encontró vacío. Esperó unos momentos y luego dijo tímidamente:

—Estoy aquí, señorita Pendleham!

Antes de que el eco de su voz se apagara, se escuchó un largo grito ahogado.

—¡Dios mío, qué fue eso! —murmuró, y empezó a sudar—. Vino desde arriba. ¡Debo subir!

Miró distraídamente a su alrededor, tomó un candelabro, encendió la vela y abrió la puerta de la escalera con mano temblorosa. Mientras subía apresuradamente el primer tramo, le pareció que algo se movía en la casa y que las sombras en la pared provenían de un grupo de personas que lo seguían, y que otras lo esperaban en el rellano. Tembló y su respiración se aceleró.

—¡Señorita Pendleham! —gritó.

No hubo respuesta.

Caminó tambaleándose por el pasillo hasta que llegó a una puerta abierta, a través de la cual pasó a una habitación enorme. Levantó el candelabro y miró a su alrededor. Ah, había otra puerta abierta y allí estaba la señorita Pendleham.

—¡Aquí estoy, señorita Pendleham! —dijo.

¿Qué estaba haciendo ella? Solo podía ver su cuerpo de la cintura para abajo, el resto estaba enterrado en algo de ropa. Entró de puntillas en el armario y con cautela apartó la ropa. Luego saltó hacia atrás con un grito entrecortado, porque estaba contemplando el rostro magullado y muerto de Amelia Lornon.



Estaba contra la pared, con la cabeza de la señorita Pendleham sobre su pecho. Sus manos se aferraban al cuello con tanta fuerza, y las uñas se hundían tan profundamente, que la sangre se filtraba sobre su encaje.

El último vestigio de autocontrol lo abandonó. El candelabro se le cayó y salió corriendo de la habitación y bajó las escaleras. El aire parecía lleno de gritos y risas, algo frío como la muerte le oprimía la cara, figuras que saltaban corrían a su lado, hasta que finalmente se tambaleó y gimió en la noche.